

## EDITORIAL

### JERARQUIA MUSICAL DE CHILE

**N**O hay persona alguna que salga de este país con preocupaciones intelectuales, que no escriba o no regrese quejándose del desconocimiento que todavía existe acerca de lo que hemos logrado y significamos en el panorama general de la cultura. Nuestros compatriotas vuelven llenos de recriminaciones, extrañados de que cuanto ellos conocen no tenga la resonancia que a su juicio corresponde, sin saber verdaderamente a quién culpar de esta injusticia que les parece evidente. Observan que, fuera de los medios muy especializados o de grupos de intelectuales que por alguna razón se han vinculado con nosotros, continúa envolviéndonos la nebulosa que confunde a todos los países sudamericanos en lo que, en forma simplista, ha dado en llamarse «América Latina». Chile es ignorado hasta el punto de no saberse dónde está; se cree que nosotros cuando andamos por la calle tenemos que abrirnos camino entre las serpientes, o que, junto al torrentoso Mapocho, debemos resguardarnos de ser mordidos por cocodrilos (1). «Latin Americans» para la gente de habla inglesa o «sud-americains» para los que hablan francés, significan una especie de clase media, no bien asentada e incapaz de cosas profundas y de cultura seria. Nuestros viajeros sienten que Europa continúa resistiéndose a admitir la existencia de estos hijos naturales que le nacieron en América, que en un momento dado le han salido al paso con ánimo de compartir su cultura y de ser tratados como seres de igual categoría.

En este panorama, un tanto pesimista, que perdura, no obstante los miles de personas que estudian hoy día la geografía práctica que se aprende por las ventanillas de los aviones, habría que entrar a analizar la realidad profunda de nuestra existencia, como partícipes de la civilización occidental, si no queremos considerar

---

(1) *Por sorprendente que parezca, al descender del avión en Los Cerrillos uno de los famosos directores de orquesta que nos han visitado, se dirigió a las personas que lo esperaban en representación del Instituto de Extensión Musical para preguntarles cuál era el idioma del país y cuál su sistema de gobierno. A la persona interrogada le costó no responder que en Chile se hablaba el sánscrito y que la autoridad era ejercida por un emperador.*

---

el aspecto universal, muchísimo más complejo, de las relaciones espirituales en la humanidad entera. ¿Dónde se nos ignora?, ¿quiénes son los que nos desconocen?, ¿padecemos esta descalificación en proporción superior a otros países? Cuestiones son éstas que debemos mirar con sentido de la realidad, sin caer en cursilerías chauvinistas ni tampoco en creer que se nos tiene fastidio intencionadamente y como por afán. Tal vez todo el hemisferio americano, «las Américas» como se dice en la jerga panamericana, padece de un cierto complejo de inferioridad, producido por la historia y por la lucha que América ha tenido que llevar para infundir respeto y para ser tomada en cuenta. Leer nuestro pasado es a menudo irritante, como ocurre en el caso de Chile, cuando se tiene delante la sincera honestidad, la buena fe profunda con que aquí se fundaba una nación y se organizaba un Estado, y la insolencia y hasta la grosería con que las cancillerías extranjeras se referían a nosotros, aplicándonos los epítetos más despectivos y envolviéndonos en confusiones incomprensibles.

Hay una verdad profunda en la organización del mundo y es que éste se encuentra estructurado en círculos concéntricos: la capital siente su importancia, y no lo puede evitar, frente a la provincia; y en las provincias, las capitales frente a las ciudades menores. Así, también en el campo internacional, los países chicos giran en torno de los que son un poco más grandes, más poderosos, más poblados, más viejos o más ricos; éstos, a su vez, rinden pleitesía a los que los aventajan en estas mismas características y, pese a toda la política aislacionista del mundo, que se debate contra la internacionalización, es indudable que tener talento, desarrollar actividad en Nueva York, en Londres o en París, es mucho más importante y mejor cotizado que hacerlo en Buenos Aires o en Santiago. Se ha dicho que hasta el cielo está más cerca de Roma que de Pekín y que es mucho más fácil llegar a ser santo siendo francés, que habiendo nacido en la isla de Sumatra. Aún en los regímenes totalitarios, como en el sistema comunista, no da lo mismo llamarse Vishinsky de Rusia que Rodríguez de algún país hispánico; el pianista que se llame Wladislav, Miecislav o algo parecido, ya tiene una gran parte de la carrera ganada. Esto es una verdad; si se quiere, una verdad tonta y superficial, pero no por eso menos efectiva. En este terreno, los americanos, en general, hemos llegado al mundo con lo que se llama un handicap adverso.

Nuestro movimiento intelectual, y en el caso que nos preocupa, el musical, es mal conocido y mal apreciado; en primer lugar, porque

---

el mundo europeo y norteamericano nos siente algo así como vi- viendo en el tercer patio, como mirando hacia la trastienda del uni- verso. No nos creen. El individuo corriente de Europa llega hasta saber algo de los países del Atlántico, que tampoco diferencia muy bien: sabe de Buenos Aires, siquiera a través del tango; del Brasil por los negros y las postales de Río; de Méjico, por los sombreros con punta y la facilidad con que suponen se asesinan los unos a los otros. También algo se sabe del Perú, por lo legendario de los incas, y deben creer que en Lima basta rascar la tierra para que salgan láminas de oro. Chile es demasiado remoto, demasiado inaccesible y, además, si se ha tenido oportunidad de tratar a nuestros connacio- nales, demasiado parecido a la cultura europea.

Los círculos concéntricos valen también dentro de América y, aunque nos parezca injusto, las naciones centroamericanas, por ejemplo, se preocupan más de Chile que Chile de ellas. Basta dar una vuelta por la costa del Pacífico para sentirse contento del prestigio y del peso que nuestra cultura tiene en la banda occidental de Sud América. Nos aprecian poco en Buenos Aires y no nos toman muy en serio; nos desconocen en Brasil, que es demasiado grande y que en sí mismo representa todo un mundo que no nos necesita cultural- mente; en cuanto a Méjico, tienen gran simpatía literaria por este Chile lejanísimo y más o menos fabuloso con el cual sienten alguna hermandad étnica. En una palabra, el desconocimiento de que se habla no creemos que sea ni más ni menos que el que nos corres- ponde y, respecto a la música, el mismo que existe para todas las demás cosas. Funciona en una forma especialmente molesta para nosotros, músicos, porque nos hemos desarrollado mucho, tenemos ya bastante que dar a conocer y, como estamos muy afuera del siste- ma de los círculos, hemos adquirido una posición universalista que nos permite sentir con especial realidad lo injusto del sistema de categorías que la geografía, la condición económica y la historia han impreso en el mundo.

Pensando ahora en contestar la segunda pregunta, quiénes son los que nos desconocen, debemos distinguir tres tipos y categorías de participantes en la vida musical: los artistas, los comerciantes y el público.

Los artistas los encabezaremos por quienes constituyen la «sal del mundo», que son los compositores, a los que debemos agregar al- gunos raros ejecutantes y a muchos estudiosos de la musicología; es indudable que se ha realizado un gran progreso y que, por lo me- nos de oídas, nuestros músicos empiezan a entrar en el grupo de las

---

figuras conocidas, poco a poco, como ha ocurrido siempre. Ya todos los diccionarios contemporáneos contienen noticias biográficas de los compositores e investigadores americanos sin excluir a los chilenos. Entre compositores se va estableciendo lentamente una especie de fraternidad y, si de ellos dependiera la vida musical en todos los países, es indiscutible que el mundo se movería en otra forma y que el público se libraría de factores que ahogan el desenvolvimiento de la música. Los compositores, por igual, sienten un drama semejante en todas partes, el de su rechazo por un público envidiado en oír siempre lo mismo y ajeno a la capacidad verdadera de oír música y de interesarse por ella. Aunque haya todavía quienes nos desconocen, la actitud mental es normalmente de comprensión hacia los creadores hermanos de otros países. En esto los chilenos no formamos excepción, ni como dueños de casa ni como huéspedes.

El segundo tipo, el del comerciante, nos ignora y para él sólo representamos un punto en las rutas aéreas, una taquilla y una cotización muy modesta en dólares desde que el peso chileno vale poco. Fuera de los empresarios, que comienzan a conocernos, los ejecutantes de cartel son los más comercializados, su profesión es más y más de orden financiero y difícilmente, heroicamente, pueden liberarse del peso que les quita todo idealismo y toda capacidad de preocupación por la música. El solista corriente llega a ser un autómeta, un agente viajero que «exhibe» sonatas como podría hacer demostraciones de ilusionismo. No le interesa ni le preocupa lo que pasa en los países que visita, hasta el punto de ignorarlos deliberadamente. Una gran cantante, que acaba de pasar por Chile, invitada en forma muy cordial a un estreno de nuestro ballet preparado por Kurt Jooss, contestó con toda sencillez que prefería quedarse tejiendo en el hotel. Una serie de cantantes de ópera venidos este año a cosechar en dólares abundantes la tontería del público, no tuvieron la más mínima curiosidad de saber lo que pasa en Chile y se fueron tan ayunos de información como los dejó en tierra el avión que los trajo.

A cada paso encontramos ese tipo de individuo que «hace su gracia» y que nos ignora. Y, ¿cómo no va a ser así si hasta nuestros ejecutantes chilenos, por muy amigos que sean, giran por el mundo sin tomar en consideración para nada la producción de su patria, ni haberse interesado jamás por darla a conocer ni estimularla? Quienes se lamentan de los pianistas, violinistas y cantantes que desconocen a Chile, tienen que admitir que somos aún una incomodidad, al pretender ir más allá de las pequeñas piezas de postre que se permiten en los programas, como por obligación, y robando los

---

aplausos y los dólares que los ejercicios de virtuosismo procuran a los empresarios.

Con respecto al público, que es el tercer participante, casi no vale la pena insistir; ya se ha dicho en esta Revista reiteradas veces que vive una existencia musical falsa, traga lo que le dan, se ha acostumbrado al menor esfuerzo, a tener que juzgar a la carrera y es enteramente imposible, en las condiciones en que los conciertos están organizados, que este pobre público, a menos que se trate de genios, pueda sentirse atraído por música que le dan a escape y por añadidura con lenguajes diferentes y de países que ignora. Es curioso que, no obstante el carácter universal de nuestro lenguaje en la música, esta universalidad sirve poco fuera de lo ya asimilado y aceptado como moneda indiscutida.

Nosotros, habitantes de un país lejano, con un movimiento musical que ha cobrado importancia en los últimos tiempos, tenemos que partir de estos hechos y de estas circunstancias difíciles y ásperas, que sólo pueden ser modificadas con el transcurso del tiempo, con la persistencia y, sobre todo, con la producción de grandes obras valiosas y serias. Nos encontraremos con el escepticismo, con que no se nos entiende por qué no somos indígenas ni negros, con que llevamos apellidos españoles, pero no debemos por eso sentirnos más desconocidos que otros, ni caer en el vicio inverso de sobreestimarnos y creer que el mundo gira en torno de la Plaza de Armas de Santiago.

Nuestra historia artística nos permite estar satisfechos; hoy día, tenemos instituciones permanentes y de buena calidad, poseemos una conciencia pública que ha ido rodeando cada vez de mayor respeto las actividades musicales, tenemos un núcleo de creadores que significa un aporte sólido a la música contemporánea, estamos al día y existen estudios musicales que no desmerecen de los que se hacen en cualquier parte. Nuestra propia estimación no ha de llevarnos a la agresividad injustificada cuando algún europeo, a menudo de cultura muy inferior a nosotros, hace preguntas que nos asombran por su ingenuidad o por su falta de información.

En todo el problema que envuelve el mal conocimiento de nuestra vida musical tenemos que pensar también hasta qué punto este desconocimiento es culpa nuestra. ¿Nos preocupamos efectivamente de dar a conocer lo que tenemos? La respuesta es negativa y aún podemos decir que somos el país que tiene el más detestable servicio de información internacional que es posible imaginar. Dentro de Chile desarrollamos una autocrítica casi destructiva, estamos dudando de todo, viendo lo malo con lente de aumento; salimos

---

de Chile y queremos que de todo el mal que decimos y hemos publicado a los cuatro vientos, quede la impresión de que estamos viviendo en un mundo de maravillas. Se nos olvida que la publicidad vive de la información periodística y que si la historia artística de Chile se hiciera un día a través de la crítica nacional, nos encontraríamos con que todo en este país es deplorable y lamentable. ¿Durante cuantos años pudo un indeseable alemán hacer las delicias de la gente y aun cobrar fama de buen crítico, apaleando, ridiculizando y pontificando las peores cosas sobre todo lo chileno? No podemos, salvo que hagamos algo para contrarrestar el mal, quejarnos de que en el extranjero tengan la idea que les llega escrita y que refuerzan todavía algunos individuos, los peores desplazados, que salen periódicamente a viajar y a desacreditar a su país.

Frente a esto, ¿qué presentamos? No tenemos una prensa artísticamente culta, cuesta mucho trabajo que los diarios se percaten de la importancia de los hechos musicales frente a una carrera de automóviles o a un campeonato cualquiera. Sólo ahora recién podemos exportar un semanario como «Pro-Arte», que refleje la verdad de lo que se hace. El Ministerio de Relaciones Exteriores está mal organizado en lo que respecta a conocimiento exterior de la cultura; desea que todo se le dé, sin entender que los elementos de propaganda nacional deben ser preparados ad-hoc, son costosos y hay que crearlos; necesitamos ediciones de música, depósitos organizados de la música chilena en el extranjero, buena información, fácil y sintética en nuestras embajadas y consulados; es urgente tener discos y ejecutarlos frecuentemente fuera de Chile. Mientras todo esto no exista, es inútil que sigamos quejándonos de la ignorancia exterior que oculta nuestra fisonomía. No podemos luchar contra la corriente ni pretender que se nos conozca mejor que a otras naciones más grandes, que desarrollan una excelente acción de difundir lo que poseen y que tienen organismos técnicos especiales, encargados de orientar la opinión extranjera acerca de aquellas cosas que realmente representan un valor. Nuestro camino tendrá que ser lento: «a los astros por lo difícil», dijeron los romanos, y el papel de lo que se llama América Latina es conquistar estas alturas con seriedad y con verdad, y, sobre todo, con el obligado factor tiempo, base indestructible que afirma el valor de las cosas y las impone por su auténtica y evidente magnitud.

D. S. C.